

1º PREMIO RELATO - *Pedreño.*

Antonio Díaz González.

San Fernando, Cádiz, 1958. Trabajó como técnico de telecomunicaciones. Colaboró con la Escuela de Letras de Miguel Á. García Argüez en la publicación de trabajos como *Aspas, Raspas de pez, Aguarrás* y otros. Escribió en el blog *Letras Libres* y en su blog personal *Ora Marítima Costa de Cádiz*. Es cofundador del Colectivo *Letras Libres*, donde organizó actos como *Salyarte* y trabajos colectivos como *Frontales, Palabras Pinceladas* y otros. Participó en la creación del concurso literario *Memorial Isabel Muñoz*. Colaboró en el evento *Islacultura* y en diversas actividades literarias del Ateneo de Mairena del Aljarafe. Es miembro del Club de Letras de la Universidad de Cádiz y del consejo de redacción de su revista *Specvlum*.

Ha participado en varias antologías de relatos. En 2014 publicó la novela *Los años de la ballena* y en 2018 el libro de relatos *La memoria en Llamas*.

2º PREMIO RELATO - *La calle dos.*

Luis Miguel Rufino,

Sevilla, 1956, economista. Desempeñó diferentes puestos directivos en empresas como *General Motors, Amadeus IT* y *People*. Fue director gerente de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla y director general de Economía en el Ayuntamiento de Sevilla. Ha sido profesor universitario y, actualmente, de una escuela de negocios. Como emprendedor, ha creado cuatro empresas, en tres de las cuales ha cosechado estrepitosos fracasos. Durante cuatro años fue columnista del diario *El Mundo* y colaboró con otros diarios con reportajes y columnas de opinión.

Tiene publicada la novela corta *El hombre que se defendía tocando las maracas* y dos libros de relatos, *La terapia del son* y *Quinteto disonante*. además de haber participado en catorce ediciones antológicas de relato. Ha recibido diferentes premios literarios, entre los que destacan el *Jacinto Benavente*, el *Universidad Carlos III de Madrid*, el *Luis Mateo Díez*, el *Ciudad de Algeciras* y el *Ciudad de Sevilla*.

ACCÉSIT RELATO - *Abandonado.*

Matías Luna Broggi,

Villa María, Córdoba, Argentina, 1987. Licenciado en Composición Musical. Obtuvo el premio al Mejor Humor Cordobés con *La casa de papel - Misión Córdoba* en el 4º Concurso Internacional de Relatos Humorísticos Alberto Cognini, Córdoba, Argentina. Ganó el sexto premio en el 1º Certamen Internacional de Sonetos en honor a Lionel Messi, con su obra *El Generalillo*. Su cuento *My favorite things* fue seleccionado en la edición 2018 del premio Itaú de Cuento Digital. Igualmente, su cuento *En la luna* lo fue en la edición de 2019. Su obra *Democracy* fue seleccionada para publicación en el III Concurso Microficciones Teatrales de la Municipalidad de Nuequén, Argentina. Sus *Sonetos para Villa María*, fueron presentados en la gala del 150º aniversario de la fundación de esta ciudad. Para el teatro, coescribió el espectáculo *El Coro Explicado* para el Coro Nonino de la Universidad Nacional de Villa María, así como el guion de su cantata *El olor del Anselmito*. En 2018 concluyó los libros de poesía *El Cordobazo* y *El partido*, así como la novela *La gran final*.



EMASESA
metropolitana

XI CERTAMEN LITERARIO
DE EMASESA

Relatos cortos

XI Certamen Literario de EMASESA

Relatos cortos

Antonio Díaz González

Luis Miguel Rufino

Matías Luna Broggi



Quedan rigurosamente prohibidas, y por tanto, sujetas a las sanciones previstas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como su distribución, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

© de los textos: sus autores, 2019
© EMASESA METROPOLITANA, 2019

Depósito legal SE 910-2020

Revisión, maquetación, diseño gráfico, arte final y producción © Editorial Escribalia, 2020

www.escribalia.es
info@escribalia.es
+34 618 566 227



Fotos en *Pedreño* © Raquel Vázquez Sánchez
Fotos en *La calle dos* © Francisco Vila y Miguel Galera Marquesa
Fotos en *Abandonado* © Raquel Vázquez Sánchez

Ilustración de portada:
Compañía de Aguas de Sevilla.
Plaza del Museo. Sevilla. Redes de riego. Ampliación del servicio de riego.
Entre 1890 y 1910. Escala 1:500.
Plano manuscrito, color, papel entelado. 31,8 x 39,4 cm. Incluye escala gráfica.
Leyenda con signos convencionales de tuberías y elementos hidráulicos existentes y proyectados.
Archivo de Emasesa. Colección de Planos. Signatura 181.

Foto de la contraportada: © Cristóbal Llopis Sánchez.
El viejo estanque. Parque de María Luisa, Sevilla.
Foto premiada en el concurso de fotografía *El agua en el Parque de María Luisa* convocado por EMASESA en 2014.

Impreso en España / Printed in Spain
Depósito legal SE 910-2020

Índice

Prólogo	11
Primer premio relato corto	
Pedreño	15
<i>Antonio Díaz González</i>	
Segundo premio relato corto	
La calle dos.....	33
<i>Luis Miguel Rufino</i>	
Accesit relato corto	
Abandonado	55
<i>Matías Luna Broggi</i>	
Desarrollo del XI Certamen Literario del Agua	
Datos de participación	73
El jurado.....	74
El fallo del jurado.....	77
Acto de entrega de premios.....	78



Prólogo

Detrás de cada relato presentado a este certamen hay una persona reflexionando sobre el agua. Esa reflexión nunca ha sido tan importante, porque jamás ha sido un recurso tan escaso y amenazado, en el nuevo escenario de cambio climático mundial.

Estamos convencidos de que se debe fomentar culturalmente entre toda la población el cuidado de los recursos hídricos. La literatura es una poderosa herramienta de prescripción social, no solo para los lectores, sino también para los autores, que deben argumentar sus textos racionalmente, aunque su lectura, como literatura, sea emocional.

El conjunto de los relatos de esta colección de libros, forma una crónica vital del agua en su ciclo completo visto de forma imaginativa y humana, si bien en esta edición tiene el aliciente del recuerdo de la hazaña encabezada por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano que, con el apoyo de las instituciones, cambiaron la Historia. No puede olvidarse que desde Sevilla partieron unas naves



que dieron la primera vuelta al mundo. Magallanes trazó una ruta desde nuestra ciudad que mejoraría la economía de todos, diseñando caminos en el agua que antes no existían, gracias a una visión y capacidad de planificación privilegiadas.

Antonio Díaz, afrontando un gran reto en el lenguaje, nos conmueve con el relato *Pedreño* para recordarnos la participación en aquella gesta de los marinos olvidados por la Historia.

Luis Miguel Rufino, con el texto *La calle dos*, nos sumerge en una experiencia íntima a través de un relato inquietante acerca de la atracción que sentimos por el agua que hay bajo la superficie.

En *Abandonado*, Matías Luna utiliza un buen conocimiento histórico para darnos esperanza sobre las enormes dificultades políticas y humanas que tuvieron que afrontar los participantes en la expedición de Magallanes y Elcano.

Esta visión y planificación es igualmente necesaria en la gestión de una empresa pública como EMASESA, especialmente en el contexto actual de emergencia climática y ante las nuevas demandas de la sociedad, con el objetivo de seguir proporcionando un servicio de calidad y preservando el medio ambiente.

Jaime Palop Piqueras

Consejero Delegado de EMASESA



Primer premio relato corto



Pedreño

Antonio Díaz González



¿Qué quién soy? Pedreño, ese soy yo. El mismo que le dio las largas a Ambrosio el piconero. El que le rajó la barriga de parte a parte, a propósito, de un tajo y limpiamente, para que me gritara como un cochino mientras se le escurrían las tripas pringosas entre los dedos. Para eso me llevé dos días afilando a mi morena, muy despacito, conteniendo mi torpeza ciega por el afán de venganza, templando mis miedos y mis temblores con el siseo de su hoja sobre la piedra. No vayas a hacer una tontería, me decía mi amigo Manteca mientras escupía o se rascaba la nariz. Las cosas hay que hacerlas bien, le contestaba yo. Por eso esperé varias tardes a que el piconero se quedara solo en el Rancho Negro, cerca de La Algaida, apretando el mango de mi morena hasta dolerme los dedos. Y allí lo encontré, por fin. Daba paladas de tierra sobre la pila de encina cuando me vio de repente, delante de él, plantándole cara.

—¡Coño, micurria, que me has asustado! ¿Qué quieres?

¿Que qué quiero? Tu vida, pedazo de cabrón, le dije, y se le mudó el gesto. Se descompuso cuando vio el brillo de mi morena. La cosa no iba de broma, no.

—Déjate de juegos y guarda ese filo para el pan con tocino.



Ambrosio tenía la piel oscura sin haber encendido aún la pira, renegrido del mucho polvo de picón y menos agua. El blanco de sus ojos encendía el ocaso como un búho, pero con formas de cuervo. Cuando le dije quién era yo, ya se le empezaron a entrecerrar los párpados. Noté que le pesaban, se le caían, como se suelen poner en la muerte. Le seguí contando que él no era nadie para matar críos, que para eso estaban la justicia y los alguaciles, si hubiera lugar. Pues guarda eso y llévame ante ellos, me dijo, y de repente entendí que el Ambrosio no era tan tonto y, como yo me conozco y antes de que me convenciera, le pegué el tajo.



Sí, buena hembra, ese soy yo. El Pedreño que con catorce años juró vengarse de su hermano pequeño mientras lo veía morir en sus brazos. Así lo hice y así lo haría todas las veces que me lo permitiera la virgen de la Antigua. Un niño con hambre no es una rata, no me jodas, y tiene derecho

a buscarse la vida como se le ocurra, incluso robando picón al Ambrosio para calentarse y quitarse la humedad de los huesos. Tengo la boca seca, trae más vino. Ah, y dime de una vez cómo te llamas, que se te está llenando la venta y no te mueves de mi lado.

—Vale. Me llamo Teresa, pero no golpees más la mesa, Pedreño. Y habla más despacio que no se te entiende, que aún no tienes ni una cana y ya te faltan muchos piños, jodío.

Casi todos, Teresa, casi todos. Mascar cuero teniendo el cuerpo con mala bilis no es buen sistema para guardarlos en sus encías. Pero qué buen vino tenéis, redios. Se parece al que llevamos al Moluco. Aquel vino fue mi salvación.

—¿Moluco? ¿Mascar cuero? ¿De qué puñetas hablas, Pedreño?

Llénala y escucha, ten un poco de paciencia con este pobre desdentado. Como te iba diciendo, los alguaciles llegaron a hablar con Ambrosio aquel día, allí mismo, cuando todavía se retorció junto a la pila de leña de encina con las tripas fuera. Antes de que aquel bicho entregara la cuchara ya me andaban buscando a caballo por La Algaida y por el camino de Jerez. No se imaginaban que para huir de ellos me metería en todo el jaleo de unos barcos que estaban provisionando en Sanlúcar. La explanada junto al río era un mar de barricas y odres de vino, más de seiscientas entre una cosa y otra. No me costó meterme en la faena del embarque con la excusa de ganar unas monedas. Los barriles corrían sobre tablas hasta las cubiertas y los odres pesaban demasiado para mí, pero me las compuse para que casi nadie se diera cuenta de que yo estaba allí de más, trajinando de un lado a otro y enjugándome el



sudor de la frente, aparentando estar en la faena. Luego, en la bodega de la Victoria, me tocó echar una mano en la estiba, pero en cuanto pude aproveché un hueco entre los barriles para quedarme agazapado hasta que zarpara. Yo no sabía nada de navegación y aquello me pareció el paraíso. Se estaba a gusto, olía a vino y a brea y solo se oían ruidos sordos de pisadas de un lado a otro mezclados con algún que otro crujido, como si aquel monstruo de madera se estuviera desmenuzando. El poco vaivén me acunó hasta dejarme dormido. Tonto de mí. Aquella tranquilidad la daban las aguas tranquilas del río. Luego sí, luego me enteraría bien de lo que son los tumbos, las tormentas, el hambre, la guerra... y todo eso persiguiendo la puesta de sol hasta dar la vuelta al mundo.

—No te quedes conmigo, Pedreño. ¿Me estás contando que tú eres uno de esos tíos que dicen que el mundo es redondo? ¿Uno de los que le han dado la vuelta?

Que sí, hembra, eso mismo te...

—Hembra tu madre. A mí me llamas por mi nombre o te doy así con el jarro en la boca y te mando de nuevo al Moluco ese.

Eso, Teresa, eso mismo hizo Santoro cuando me descubrió allí metido, que me despertó y me sacó a guantazos hasta la cubierta.

—No sé si será porque no tienes dientes y estás canijo como un gorrión, pero hablas como un viejo, Pedreño. ¿Cuántos tienes? ¿Veinte años?

Dieciocho. Pero los tres del viaje hacen por treinta.

—Entonces, te embarcaste con catorce o quince... ¿Qué edad tenía tu hermano? ¿Y qué le hizo aquel desgraciado?

Te me acercas mucho, Teresa. Y cuando cruzas los brazos y me muestras tanto interés se te agolpan los pechos. Entre el vino, el mareillo de la mar que aún me dura y esa visión, se me están embrujando las ideas.



—Ya lo sé, Pedreño, es una costumbre. Me la enseñó mi madre para vender más vino y ya no se me quita. ¿A que funciona? Porque tú no dejas de mirarme el canalillo, grumete. Pero tranquilo, mientras te estés quietecito no te romperé el jarro en la cara. No serías el primero. Sigue, Pedreño, que me tienes intrigada.

Pues sigo. Agustín se llamaba mi hermano. Me encargué de él desde que murió nuestra madre cuando él tenía tres. De mi padre ni te hablo, otro borracho hijo de puta...

Me está sabiendo a gloria tu vino, Teresa. El cuartillo de azumbre que nos daban cada noche en el barco era muy parecido. Nos hacía dormir a gusto y quitaba el frío de las aguas heladas de los patagones. Además, era la mejor forma de acallar las protestas de la tripulación. Ahora me calienta el vino y tu compañía, Teresa.



—Pedreño...

Que sí, que sí, que sigo. Como te iba diciendo, mi hermano tenía siete cuando le dio la pedrada el piconero. Así fue, de una pedrada. Nos buscábamos la vida como podíamos por Sanlúcar; de ley unas veces, ayudando en el campo y ganando una telera, y no tan de ley otras, rapiñando por las calles y aprovechando descuidos. Unas veces con Manteca y otras los dos solos. Aquel día de septiembre hacía poniente, nos dio frío y Agustín se empeñó en calentarse con picón, pero calculó mal. Se fue solo a la cabaña de Ambrosio y cuando éste llegó lo vio salir por el techo con un saquillo en la mano. Desde lejos le endiñó una pedrada en la cabeza, en mala hora tan buen tino. Agustín siguió corriendo hasta nuestra cueva dejando un rastro de sangre en el carril. Yo creo que Ambrosio no lo siguió porque se dio por satisfecho al recoger del suelo el saquillo de picón. Además, por las gotas de sangre en la tierra, pensaría que el ladrón tenía ya su merecido. Por el rastro se veía que iba dando tumbos de un lado a otro del camino.

Aquella noche fue muy larga, Teresa. Le hice un costurón en la coronilla para que dejara de sangrar, pero me dio mala espina notarle el cráneo blando como panza de perro. Luego lo tuve en brazos mientras no paraba de hablarme, al principio con los ojos muy abiertos, mirándome espantado y asustándome a mí, pero cerrándolos poco a poco, apagando la mirada y las palabras. Hasta que, entrando los primeros rayos del día en la cueva, con un hilillo de voz, y terminando una frase que no entendí, susurró un «mamá», y se me murió con un suspirito.

—Qué dolor de niño. Pero mira, con lágrimas y todo y prefiero oírte a ti antes que al bachiller que viene a leer-nos, siempre presumiendo de su libro gastado y grasiento. ¡Pero si siempre es el mismo! Ya estamos hasta aquí de sus pastoriles. Lo que tú cuentas es más verdad, qué dolor de niño... Qué pena que no seas bachiller, Pedreño.

Bueno, Teresa, no y sí... Picateta, un italiano, me enseñó a escribir y a leer. Su repostero murió en el mar del sur y me eligió a mí para sustituirle. Así que, si me dices que mi historia es mejor que esos libros, yo mismo lo escribiré. Lo tengo todo aquí, en mi cabeza. Escribiré sobre Agustín y el mal día que tropezó con el piconero. Escribiré sobre el viaje y sobre todas las tribus que conocimos. Las que nos acogieron como hermanos y las que nos dieron leña. Las que vivían sin ropa como animales y las que usaban inciensos y adornaban con hilos y pan de oro sus vestidos, sus ídolos y hasta sus casas. Las que usaban el trueque y las que comerciaban con otros mundos. Las que tenían grandes palacios y las que no sabían lo que era la propiedad, como los chamorros que nos robaron en el barco y se llevaron hasta el esquife con el que desembarcábamos porque pensaban que eran cosas que nacían en los árboles, así, sin más. Escribiré sobre las tribus que no tenían dioses y las que tenían cientos de ellos. De todo eso escribiré, Teresa, y Occidente sabrá lo pequeño que es comparado con lo que hay en ultramar.

—Pues la verdad es que no tienes mucha pinta de saber leer y escribir, Pedreño.

¿No te lo crees? Qué curioso, no fue eso lo que pensó el italiano. Él se llevaba el día en su mesa con la pluma



y sus papeles. Iba escribiendo todo lo que pasaba en la armada de la especiería y me descubrió un día revolviéndole sus cosas y mirando sus escritos. Yo me embobaba con aquellas líneas. Sus letras con curvas, filigranas y redondeces me parecían algo mágico, aunque no supiera lo que decían. Cuando me vio mirando sus papeles me los quitó de un manotazo y me preguntó si yo era espía de los portugueses. Espía yo, Teresa, ya ves. Después de un rato lo convencí y al cabo de unos meses comenzó a tenerme afecto y terminó por enseñarme las letras y cómo escribirlas. Cuando se me cayeron los primeros dientes, de vuelta y ya cargados de especias, me dio carne de membrillo a escondidas. Lo tenían guardado solo para los oficiales, hijos de las mil putas, y no sé si sería por eso, pero a ellos no se le caían los dientes y al resto sí. Pero Picateta era un buen hombre.

—¿Picateta...?

Sí, Picateta, así le llamábamos, no pongas esa cara, Teresa. Cada vez que dudaba de algo cuando estaba escribiendo, se echaba mano a rascarse el pezón izquierdo mientras fruncía el ceño.

—¿Y serías capaz de escribir un libro como el que trae el bachiller?

Claro que sí. Estaría bien que pudiera hacerlo cuando dejen de acosarme las pesadillas, contarle todo cuando deje de moverse el suelo a mis pies. Navegar durante tres años te convierte en parte de la nave, y en tierra te sientes tan extraño como se sentiría un palo mesana o una caña de timón en medio de una huerta. Y más aún cuando te dicen «bienvenido a casa, menos mal que ya estás aquí, en



la tranquilidad de tu hogar», y no se te alegra el gesto, porque sabes que has dejado otros mundos, todos más limpios y puros que este, y hubieras deseado quedarte y hacer de cualquiera de ellos tu casa, tu patria. Ay, Pedro del Puerto, tú sí que sabes.

—¿Quién es ese tío?



A Pedro nos lo encontramos en la costa, poco antes de bajar a la tierra de los patagones. Desembarcamos con miedo en una playa. A lo lejos la veíamos repleta de hombrecitos desnudos, pero cuando nos fuimos acercando se quedó la playa sola. Todos habían huido. Todos menos uno, que se quedó en la arena esperándonos. Cuando la playa detuvo el esquife se bajó un oficial e intentó decirle algo por señas, pero todos nos llevamos una sorpresa.

—Déjate de señas y háblame en tu lengua. Soy Pedro, del Puerto de Santa María.

Nos explicó que llevaba allí varios meses, que había llegado con una expedición desde Cádiz. El oficial le dijo que menos mal que lo habíamos encontrado, que se volvería con nosotros y nos contestó que *nanai*, que él ya tenía mujer y familia y que nadie lo movería de allí. Y allí se quedó, sin pena ni llanto por vernos partir.

Y no paro de pensar en qué habría sido de mí si me hubiera quedado con él. Sí tendría yo aún todos mis dientes. Si habría formado una familia como él. Si estaría gastando estos días sin ojeras ni pesadillas. Si dormiría mejor sobre un catre de hojas secas y templadas, y no sobre los camastros de paja plagados de chinches y vigiliás que uso ahora. Y no lo sé, Teresa, no lo sé...

—Deja de quejarte, Pedreño. Si Dios ha querido que vuelvas será por algo. ¿Te lo lleno?

Claro que sí, Teresa. Tu vino me da palique y consuelo. Sigo. Cuando llegamos a Sanlúcar solo quedábamos veinte de los casi trescientos que habíamos partido. La gente se empezó a agolpar en la playa. No teníamos fuerza para nada pero miré al gentío y me encontré con la cara de

Manteca. Le hice señas y al rato, a duras penas, me reconoció y miro de un lado a otro, como si no se lo creyera, extrañado de que yo estuviera allí. Le hice chitón con el dedo en los labios y me entendió. Luego nos subieron agua limpia, jabón y ropas antes de bajar al pueblo.

En cuanto pudimos nos dimos un abrazo que me devolvió a la vida, a pesar de que me dolieran todos los huesos con su apretón.

—Pensé que los alguaciles te habían despachado, Pedreño. Pero qué delgado estás, cabronazo. Me ha costado reconocerte, estás hecho un viejo.

Nos apartamos para sentarnos en la arena y seguimos hablando más tranquilos. Le expliqué cómo me había escapado y algo de las penurias que me tocó vivir. Manteca movía la cabeza constantemente, mirándome y como negando, pero era al contrario. Se iba sorprendiendo de todo lo que yo le contaba, entre contento y envidioso. Al final entreabrí mi camisola y le enseñé mis dos taleguillas, una de clavo y otra de pimienta, con las que pensaba rehacer mi vida. Él me contó que me habían estado buscando hasta que me dieron por huido o muerto. Me pidió que tuviera cuidado, que dudaba que nadie me reconociera porque había cambiado mucho, pero que si se enteraban de quién era, me apresarían. Luego me decidí a ir a contarle a mi hermano Agustín todas mis penurias y aventuras y nos fuimos a donde lo habíamos enterrado, en la fosa junto a la iglesia de la Antigua. Cuando llegamos había tres o cuatro mujeres repartidas por otras tantas lápidas. Una de ellas, una niña de unos doce años. Lloraba desconsolada y se me ocurrió acercarme. Antes miré a Manteca de refilón y



vi que me hacía un gesto raro, meneando fuerte la cabeza como para que me fuera de allí, pero no me dio tiempo, en cuanto la niña me notó a su lado levantó una porra de olivo y se le aplanó el gesto. Se le fueron las arrugas del llanto mientras yo daba un salto hacia atrás, tropezando con otra lápida. ¿Qué te pasa, chiquilla? Le dije.

—¿Que qué me pasa? Que esta tierra es un infierno para una niña sola a la que le despuntan las tetas, eso me pasa, paisano. Y no se te ocurra acercarte que te muelo la cabeza. ¿Qué quieres?

Tranquila. He venido porque te he visto llorar, la tranquilicé, y entonces miró hacia abajo y así llevó también mi mirada hacia la lápida.

—Era mi padre, Ambrosio el piconero. Un malnacido le sacó las tripas y nos dejó solas a mi hermana y a mí.

Un temblor me recorrió el pellejo. Nunca había pensado en la familia del piconero. Recordé entonces a varios indios y otros tantos guerreros de ojos pequeños a los que había dado largas en el camino a la especiería, e imaginé a sus mujeres llorando, y a sus niños, y se me empezó a mover la cabeza como en las peores tormentas. No dije nada más, le di la taleguilla de pimienta y me fui de nuevo con mi amigo Manteca.

—¿Qué has hecho, desgraciado? ¿Le has dado una de las taleguillas a esa cría?

Sí, eso he hecho. Era la hija del piconero.

—Ya sé que era la hija del piconero. Tú estás loco, pedazo de mierda seca. ¡Dame la otra taleguilla!

Y me agarró del cuello con la derecha mientras hurgaba nervioso en mi camisola. Me zafé, di un paso atrás y saqué



mi morena. Tendrás que quitármela, Manteca, le dije, enseñándole el filo de mi compañera de fatigas. En ese momento miró a la niña, me miró a mí y de nuevo a la niña. Entendí su intención y, antes de que saliera corriendo hacia ella, le metí la morena y hasta parte del puño por el costado.

—Mataste a tu amigo, Pedreño.

Tuve que hacerlo. Es hora de descansar y me llevaré por delante a todo el que me lo impida, buena hembra.

—Pedreño...

Que sí, que ya sé que te llamas Teresa, buena hembra. Me está entrando hambre. ¿Tienes carne de membrillo? Sacar una buena ración, que desde que llegué a puerto es lo único que me apetece.

—No me extraña, con tan pocos dientes...

Y bebe conmigo, Teresa, bebe conmigo y dame consuelo.

—Consuelo y lo que tú quieras, Pedreño. Pero de beber, agua.

Pues bebe agua conmigo.

—Vale.



Segundo premio relato corto



La calle dos

Luis Miguel Rufino



Nadie me había hablado del asunto. Tampoco nadie tenía por qué haberlo hecho. Desde mi primer día en el turno de las ocho de la mañana, en la piscina municipal Fernando de Magallanes, evité la charla allí donde todas la buscaban: en el vestuario, en el bordillo recuperando el resuello o en las duchas al terminar. Atajaba o desviaba las conversaciones a las que me invitaban otras compañeras. Solía bastarme con una respuesta monosílaba, una actitud ausente o una concentración desmedida al quitarme la ropa, al calzarme las chanclas o mientras me enjabonaba un brazo. Me rechinaba aquella actitud general de jovialidad y cercanía que se respiraba en el vestuario de mujeres. Con el único con el que hablaba, y justo lo preciso, era con Ángel, el monitor. Tampoco él se distinguía por su locuacidad: «A la calle dos»; «Estira los brazos»; «Saca más el culo, que te hundes». Poco más.

Mi ignorancia sobre lo que había ocurrido con Juan también podía deberse a que hay sucesos que la gente prefiere olvidar cuanto antes y la mejor manera de desactivar los mecanismos del recuerdo es guardar silencio.

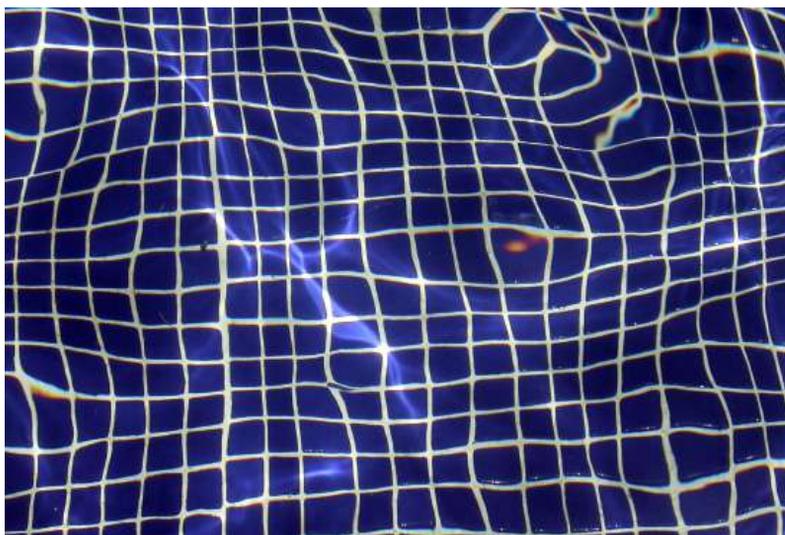
La primera vez que vi la sombra iba absorta por la calle dos, como siempre, abandonada en el mecanismo de



repetir los movimientos del crol, con la cabeza dentro, mirando al suelo, sacándola cada tres brazadas para respirar —un, dos, tres y fuera por la izquierda; un, dos, tres y fuera por la derecha—. La nitidez con la que se ve dentro del agua proporciona un placer que rara vez se siente cuando es el aire lo que te envuelve. Era una silueta rosada que, al moverse, brillaba en tonos malva y a cuyo través se transparentaba la tonalidad turquesa de las losetas. Estaba allí abajo, pegada al fondo. Su forma era desdibujadamente humana y claramente masculina. Desdeñé que aquello fuera una onda provocada por el chapoteo de los veintitantos que ocupábamos las ocho calles. Podía ser el efecto de que mis gafas estuviesen empañadas, o podían ser aviones. Esos que entran y salen de nuestro campo visual sin que los ojos puedan hacer nada por evitar verlos. Yo los veo desde pequeña. Alguna amiga me ha confesado que también los ve. Siempre he pensado que todo el mundo «ve aviones», aunque sea de vez en cuando, pero la mayoría no se atreve a decirlo por evitarse preguntas. Sin embargo, aquel cuerpo de hombre joven, transparente, que se desplazaba pegado al fondo, no era un avión. Sonó un silbato y tuve que salir del agua. Los turnos de la natación libre para adultos eran de una hora. La norma decía que, al oír el silbato, había que desalojar la piscina cuanto antes. La gente del turno de nueve a diez de la mañana esperaba junto a los bordes haciendo ejercicios de calentamiento.

Seguía allí cuando volví la cabeza hacia la masa de agua, ya caminando hacia el vestuario. Aquella forma, aquel hombre, o lo que fuera, me acompañó hasta la puerta de

las duchas, sin dejar de mirarme, arrastrándose pegado a los baldosines del suelo.



Aquello ocurrió un viernes. Durante el fin de semana, el recuerdo, la visión de aquel hombre me asaltó una y otra vez. Cada intento que hice por racionalizarlo y quitarle importancia fue vano. El soplo humano de aquel contorno se abrazaba a mi mente como un pulpo, lo que, lejos de molestarme, me agradaba, aunque también me intimidaba. El lunes, antes de salir para la piscina, lavé las gafas de plástico con unas gotas de Mistol. Brillaban como las vajillas de los anuncios. Mientras me desvestía noté que mis pezones se habían endurecido de una manera poco habitual en mí. Que alguna compañera de vestuario pudiera notarlo hizo que me volviera contra la pared para meterme en el ajustado traje de baño de licra negro. Ya de pie, sobre el bordillo de la piscina, me sacudí las chanclas y examiné la superficie



bajo la que reposaba la gran masa azul. Cincuenta metros de largo por veinticinco de ancho divididos por corcheras en ocho calles. Ningún elemento de aquel escenario se me antojaba desacostumbrado. Había paz en el enorme edificio. Quizás estaba perdiendo la cabeza, pero lo único que me importaba era que aquella sombra siguiera por allí. El mero hecho de pensar en la posibilidad de volver a encontrármela me sacudió con un inesperado cosquilleo entre las piernas, aunque puede que solo fuese el frío. Eran las ocho de la mañana y estábamos en enero.

Llegó el momento de hacer el primer largo. Si no fuera porque hay que sacar la cabeza para respirar de vez en cuando, nadar a crol sería un verdadero placer. El cuerpo avanza como una canoa de lomos suavemente torneados, en línea recta, oscilando con levedad sobre su eje, al compás de las piernas que baten el agua, estiradas y paralelas, juntas, dirigido por los brazos que la hienden una y otra vez, sin golpearla, abriéndola como si fueran cuchillos, evitando el chapoteo, en una cadencia en la que cada mano busca el mismo lugar delante de la cabeza por donde entró su hermana un momento antes. Nadé y nadé, con los ojos bien abiertos, oteando el fondo, como un pez predador que acechase a otro y al que pudiera sorprender desde la ventaja que concede un ataque en picado. Pero no. Lo que yo buscaba, aquella silueta casi transparente en la que me había parecido distinguir la cara adormilada de un hombre joven, no apareció en ninguno de los diecinueve largos a los que me apliqué aquella mañana con una intensidad desconocida. El monitor hizo sonar su silbato. Salí de la piscina decepcionada, triste, como quien recibe un plantón

en la primera cita. El agua caliente de la ducha cayendo sobre mis hombros me ayudó a llorar en público sin que nadie lo percibiese.



Los días fueron transcurriendo. Cada mañana temprano, entre lunes y viernes, acudía a lo que había dejado de ser una auto imposición para hacer algo de ejercicio y se había convertido en una especie de cita de la que, sin manera alguna de evitarlo, salía defraudada. El objeto de mi deseo no solo no se presentaba, sino que ni siquiera se dignaba hacerme una señal que calmara mi ánimo.

Ocurrió un miércoles. Un día en el que me sentía especialmente relajada, quizás porque ya habían pasado demasiados días desde aquel primer y único encuentro. Nadando a espalda noté en la parte baja de mi gorro de goma, más o menos en la nuca, un contacto caliente que se desplazó sin dejar de rozarme, ni rápido ni despacio, hasta abandonarme donde comienza el corte que engarza mis nalgas. Varias sacudidas se concentraron en un solo estallido.



La primera reacción ante el goce fue dejar de bracear, doblarme en uve y soltar un grito con el que me hundí. Cuando pude volver a la superficie, tosí con estrépito, expulsando agua por la nariz y la boca. Ángel, el monitor, se lanzó a la piscina y en tres brazadas estaba a mi lado, sosteniéndome, preguntándome. «Nada, nada, gracias, no sé qué me ha pasado», le contesté. Me volví a aplicar al nado en cuanto la tos cesó. Cambié a crol, pero sacando la cabeza para respirar cada cinco brazadas, así podría escrutar mejor cada palmo de suelo. Tenía que estar por allí.

Y así fue. Al volver a pasar por donde me había rozado entera, lo vi. Estaba debajo de mí, con su mirada adormilada y su sonrisa pacífica. La sombra ambarina, desleída, casi transparente, una textura que recordaba al producto de haber mezclado la clara de varios huevos con una minúscula porción de yema y un soplo de canela. Una emulsión que se estirase hasta ocupar el tamaño de un hombre alto, joven, desnudo, bien formado, tumbado boca arriba, ligeramente vuelto hacia su derecha mirándome desde el fondo de la piscina. Seguí nadando con la esperanza de que él me acompañara. Desplazaba su masa etérea sin necesidad de realizar movimiento alguno, confundido con el agua, sin esfuerzo aparente. Se fue acercando poco a poco, sin cambiar su expresión de recién despertado, sonriendo, relajado por completo. Hicimos dos largos sin rozarnos. Él fue ascendiendo con parsimonia y, cuando me alcanzó, me besó. Al principio con suavidad, como cuando se conocen las bocas nuevas, esperando reacciones, tanteando, simples roces que van creciendo en intensidad hasta que —una vez descubierto que aquel beso no es un error— las superficies

de ambas terminan confundidas. Tras el giro en el bordillo para iniciar un nuevo largo, me regaló su lengua. El beso dejó de ser suave y de cata para convertirse en firme y entregado. En ningún momento dejé de nadar. Su lengua sabía a agua clorada y su contacto era más tenue, también menos cálido, que el de cualquier hombre cuya boca se me hubiese entregado antes. Sorbí de aquellos labios sin perder el ritmo. Cada vez que sacaba la cabeza para respirar, el joven de los ojos adormilados se separaba de mi boca para volver a apresarla con fruición en cuanto volvía a encarar el fondo azul turquesa.

Sus manos se metieron bajo mi traje de baño. Que el escote subiera casi hasta la garganta no supuso problema para que se acomodaran dentro de él. Se demoró acariciando porciones de piel, apretando la carne bajo la licra, aquí y allá, hasta que al llegar al vello de mi pubis cesó cualquier movimiento y solo mantuvo la presa. Como si se dispusiese a arrancar un puñado de hierba, pero no se decidiera a hacerlo. Apretaba con suavidad. Me sentía licuada y no era culpa del medio. O puede que sí. En el momento en que sus dedos de agua tocaron un punto, ese punto, di un grito que coincidió con una de las veces en las que sacaba la cabeza para respirar. Nadie pareció oírlo. El chillido fue corto y el chapoteo de los compañeros por las otras calles lo ahogó, nunca mejor dicho. Fue entonces cuando sacó las manos de debajo de mi bañador y todo su volumen entró en el mío. No me penetraba con un órgano concreto, lo hacía con todo su cuerpo, con todo su volumen transparente hecho de ligeros toques malvas, el que destacaba con tanta levedad contra las losetas del fondo.



Una sacudida tan desconocida como salvaje se instaló en mí y no pude evitar caer al fondo entre convulsiones, abandonada al placer, girando, con las piernas y brazos desmadejados hasta que percutí en el suelo. Sin separarse un centímetro, me observaba como si mi deleite lo gratificara más que cualquier otra cosa. Fue entonces cuando me di cuenta de que no necesitaba respirar en su compañía.



Cuando abrí los ojos descubrí al monitor buceando en dirección a donde me encontraba. Aunque la pieza elástica que yo vestía no se había movido de su sitio, sentí el pudor de la desnudez ante aquel extraño que se nos acercaba. Sin embargo, mi recato no era tan grande como para zafarme del abrazo al que me sometía aquella sombra que seguía alojada dentro de mí. Ángel pugnó por subirme a la superficie, sus manos bajo mis axilas. No parecía que viera

al joven transparente y, si lo veía, se afanaba en mi rescate y lo ignoraba. Extendí un brazo tratando de asir la forma semitransparente de ojos adormilados y así evitar que nuestro abrazo terminara, pero no fue posible. El placer me abandonó cuando ya estaba tumbada en el bordillo, fuera de la piscina, boca abajo, con las manos del monitor presionando sobre mis omóplatos, tratando de sacar el agua que pudieran contener mis pulmones. Pude ver a mi amante observándome desde el fondo, sin que su expresión cambiara un ápice, sin que supiera a ciencia cierta si sentía desdicha o regodeo, sin que manifestara emoción alguna con su mirada sosegada y su sonrisa quieta. Entonces desapareció. Toda el agua alrededor de su silueta de color miel lo absorbió y no quedó de él más que el aséptico azulete transparente del fondo.

 Mi amante me había dejado sola.

 Noté cómo la parte de mi cuerpo en la que él más se había demorado—tumefacta, abultada, como si tuviera vida propia— se rozaba reciamente contra el forro interior del bañador, sin que yo pudiera hacer nada por evitar aquella iniciativa de una parte de mi carne. De la larga lista de amantes que he tenido, nadie jamás me había procurado unas sensaciones como aquellas.

*

El monitor se ofreció a acompañarme hasta mi casa.

 —En serio que no lo pasaba tan mal desde hace dos años —Ángel suspiró—. Cuando te he visto tumbada allí en el fondo, con aquellos espasmos, me has recordado el



episodio de Juan. A él, más o menos, le pasó lo mismo.

—¿Juan? ¿Quién es Juan? —me interesé.

—Juan Elcano, ¿no has oído hablar de él?

—No, ni idea.

—Pues ya no es, fue. Acababa de cumplir veinticinco. Venía a nadar en tu mismo turno, con mucha experiencia, incluso había jugado en el equipo de waterpolo del Club. De portero. Por eso pensé que quizás podrías haber oído hablar de él. Una lesión lo retiró y procuraba mantener la forma nadando una hora diaria antes de irse al trabajo.

—¿Y qué le pasó?

—Nadie lo sabe. El forense en la autopsia solo recogió un paro cardíaco fulminante. Eso dijo. Yo creo que por decir algo. Juan no tenía pinta de ser uno de esos cuerpos a los que se les para el corazón fulminantemente —hizo una mueca—. Fue un día que había venido muy poca gente, ni siquiera había uno por cada calle. Yo estaba escribiendo en la pizarra las tablas de nado del día cuando una chica me gritó que había alguien en el fondo. Vi sus últimas convulsiones, luego se quedó quieto, boca arriba al final de la calle dos. No tardé ni cinco segundos en estar a su lado —hizo una pausa aparentando mirar al cielo—. Igual que hoy. Lo subí inmediatamente. De nada sirvió la media hora que estuve haciéndole el boca a boca. Los de la ambulancia lo dieron por muerto antes de llevárselo. Una desgracia.

—Jo, vaya disgusto —corroboré.

—Nadie de su familia vino al entierro. Todos le dimos el pésame a la chica con la que salía, Marta. Quizás la hayas visto, es una de las monitoras del turno de tarde.

En cuanto Ángel me dejó en la puerta de mi casa y vi que se hubo marchado, agarré mi moto y me fui a las oficinas del ayuntamiento. Pedí cambiarme al turno de Marta.

—Sí, claro, creo que tiene plazas de sobra, déjame ver... sí, así es. Te apunto de ocho a nueve de la noche. Dime tu nombre, por favor.

*

Pasé la mañana y la tarde del jueves alternando el goce que me procuraba el recuerdo de aquellas caricias con preguntas sobre cómo sería Marta, cómo habría superado la muerte de su novio y cómo se encontraría ahora.

Había sido un día especialmente ajetreado en el bufete. Además del intenso trabajo habitual, con entrevistas y salidas a los juzgados, el exmarido de una cliente con el que habíamos sido especialmente duros durante el juicio, se presentó en el despacho y agarró por el cuello a una de mis socias. Menos mal que un becario que tenemos y que pesa más de cien kilos, se le echó encima y lo retuvo hasta que llegó la policía.

Estuve todo el día deseando que fueran las ocho, pero esta vez, llegué a las instalaciones con el tiempo justo de cambiarme. Me presenté ante Marta cinco minutos antes de la hora, ya ataviada, en el borde de la piscina, mientras ella acarreaba planchas, pulls y churros de polietileno. Era una de esas chicas que derrochan risas, de las que confían en que la alegría nunca les habrá de faltar. Me preguntó por mi experiencia nadando y hablamos un poco. En cuanto supo que yo era la del percance en el



turno de la mañana, su actitud se endureció de repente. «Calle dos», me dijo áspera. Sentí una sensación densa, como si al asignarme aquella calle me estuviera diciendo algo más que yo no entendiera. Se dio la vuelta y se afanó en tensar una corchera que ya estaba tensa.

Estar en el agua por la tarde, ya de noche en invierno, era muy diferente, sobre todo por el efecto de aquellas paredes llenas de fluorescentes encendidos. Por la mañana nadábamos con luz natural, la que se filtraba por el techo del edificio, donde se intercalaban planchas de madera con ventanales de cristal. El ambiente general era azul, tanto bajo el agua como en el aire. Por la noche, en cambio, ese mismo ambiente se convertía en anaranjado, más en la superficie que dentro del agua, donde las losetas del suelo sometían cualquier luz a su condición turquesa.

Me lancé al centro de la calle dos y, sin demorarme un instante, empecé a buscar la sombra de Juan. Tenía que estar allí, por algún lado. Los tres primeros largos los hice relajada, pero al iniciar el cuarto sin haberlo visto, empecé a angustiarme. Deseaba volver a sentir su cuerpo en el mío, su volumen acuoso inundándome, llevando la humedad que me rodeaba por fuera hasta el centro de mis adentros. Nada me importaba más que volver a estallar en cien nuevos latigazos de placer. Pero Juan no apareció.

Al terminar la hora me dirigí a la ducha. Justo cuando me quitaba la licra, apareció Marta. Había siete duchas más en la sala, todas vacías y sin ninguna mampara entre ellas que pudiera evitar ver quién y cómo se duchaba a tu lado. Se colocó justo en la contigua a la mía, sin saludarme

y sin apenas mirarme. Durante un rato, lo único que se oía eran los chorros cayendo sobre nuestros hombros. Estrujé el bote sacando una buena porción de champú y me la extendí sobre el cabello. Sin mediar palabra, Marta se acercó a mí, me agarró por los hombros y con la misma expresión con la que me había asignado la calle dos, me advirtió:

—Sé lo que hay entre vosotros y te prevengo. Déjalo en paz o terminarás lamentándolo.

No era la misma persona. La Marta que me había recibido una hora antes no tenía nada que ver con esta otra mujer cuyos ojos flameaban. Estábamos las dos desnudas frente a frente. Hubiera querido mover mis ojos con descaro para apreciar los detalles de sus formas repujadas por el deporte, pero no me atreví. Marta irradiaba tensión por todos sus poros, el vello de sus brazos completamente erizado.

—Perdona, pero no sé de qué me hablas —dije con despreocupación, a la vez que me daba la vuelta y me aclaraba el champú. Tenerla desnuda ante mí me provocaba una turbación que me costaba disimular.

—Seamos claras. Yo también sé que Juan está ahí, pero nunca me dejo tocar por él. Es como una cadena. Te lo repito, podrías arrepentirte.

—Sigo sin entender —contesté girándome de nuevo, enfrentando mi desnudez a la suya. El vello de su piel se había deserizado pero su mirada no dejaba de destellar.

—Allá tú —cerró el grifo y se fue.

Terminé de enjuagarme y dejé vacía la sala de duchas. Por fortuna, había otras mujeres cambiándose en el



vestuario. No tenía ganas de volver a quedarme a solas con Marta. Me vestí sin secarme apenas y salí.

—Hasta mañana —dijo sin dirigirse a nadie, como si me escupiera un reto.

*

El día amaneció nublado. Sentí ganas de apagar el despertador y quedarme en la cama remoloneando, pero una fuerza que no sabía que tenía me ayudó a levantarme. Desde el momento en que me puse en pie hasta las ocho menos cuarto de la noche, cuando me vi en el vestuario de la piscina, no pude apartar a Juan de mi mente. Las advertencias de Marta solo habían conseguido aumentar la intensidad de mi deseo. Conforme me acercaba al principio de la calle dos, y quizás por evitar saludarme, Marta se ocupó en recoger unos manguitos que estaban tirados por el suelo. Mi saludo —«Buenas tardes»— quedó en el aire sin respuesta.

Comencé a nadar muy despacio a crol, sacando la cabeza cada tres brazadas, una vez a la izquierda y otra a la derecha, desentumeciendo los hombros, estirando los brazos para llegar lo más lejos posible con la punta de los dedos, echando el agua hacia atrás con las palmas de las manos formando una cazoleta, llevándolas desde adelante hasta más allá de mis caderas, haciendo con ellas un recorrido en forma de ese, notando el avance en los costados, como un barco que rompiera el agua con su quilla, sin cerrar los ojos un instante. Las gafas los protegían del cloro y demás química, y me permitían otear el suelo turquesa en

busca del más mínimo vestigio de onda u ola, corriente o remolino, en el que pudiera ocultarse la silueta sinuosa de Juan, su sonrisa concisa y su mirada perezosa. Y apareció al principio del quinto largo, muy cerca del bordillo desde donde Marta escrutaba mi nado como si yo fuese la única persona que cortara el agua de la piscina. Noté cómo él se pegaba a mi cuerpo desde atrás y acercaba su cabeza para hablarme muy cerca de mi oreja derecha.

—¿Estás bien? —me preguntó en un susurro líquido que apenas se diferenciaba del chapoteo.

—Claro, sobre todo ahora.

—No quiero engañarte, debes saber que si seguimos viéndonos, cada vez serás más como yo y menos como tú. No es un placer gratuito el que recibes. Un día tendrás que optar. Venirte o quedarte. Un mundo u otro. Y será para siempre.

Juan hablaba con paz, relajado y aunque su figura de agua tocaba mi costado derecho, su voz me llegaba lejana, como una radio que sonara al fondo de un pasillo, desde dentro de una habitación que tuviese la puerta a medio cerrar.

—¿Qué quieres decir?

Noté cómo se separaba de mí para descender hasta el fondo, adelantarme y quedarse quieto junto a la pared a la que yo llegaría en seis o siete brazadas. La expresión relajada de sus ojos y la sonrisa a medio nacer seguían siendo las mismas del primer día. Cuando me disponía a tocar la pared, hizo una señal para que dejara de nadar y bajara junto a él. Ocurrió en un segundo. Su cuerpo se introdujo en el mío, no podría precisar por qué abertura, y no pude



evitar tragar un buen buche de agua clorada que apagó el grito, mitad de sorpresa, mitad de placer, que me provocó albergarlo tan de sopetón.

Aunque durara segundos, su abrazo se me antojó hecho de horas.

Cuando creía que no iba a poder soportarlo más, una nueva oleada de espasmos me sacudió desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Dejé de respirar. No necesitaba el aire, todo lo que precisaba para seguir viva salía de su boca. Estaba tumbada, flotando a un palmo del suelo, entre sus brazos. Él apenas se movía, solo me sostenía muy cerca. Como un solo cuerpo, vagamos por el fondo de la piscina dibujando un trazado errático. No puedo decir cuánto duró. Dejé de ver las piernas y brazos que chapoteaban en la superficie, entre las corcheras, por las calles. Nadie parecía haberse dado cuenta de que yo ya no nadaba, que ni siquiera flotaba, sino que describía lentas trayectorias curvas pegada al azulejado del fondo de la piscina, sostenida por los brazos transparentes de mi amante.

Entonces Juan se detuvo. Sin saber cómo, habíamos llegado a una de las paredes laterales, junto a la calle ocho. Se separó de mí besándome largamente y desapareció. Enseguida noté que me faltaba el aire y salí con prisa a la superficie. Agarré la corchera y me arranqué las gafas. Respiré con violencia tres o cuatro veces. Marta seguía de pie, al principio de la calle dos, los brazos cruzados sobre el pecho, los labios fruncidos, mirándome con fijeza. No movía un músculo. Volví a sentir la presencia de Juan a mi lado. Sus manos asieron mis tobillos y tiraron hacia abajo. Su abrazo me envolvió, conquistando cada centímetro de

mi piel, mezclándome con su tacto acuoso y ajustando mi temperatura a la suya. La necesidad de respirar volvió a cesar. Y justo entonces trepidé. Las sacudidas hicieron que me retorciera sin control. Dejé de pesar.

—Entonces, ¿te quedas? —me dijo Juan.

Mi piel era ahora igual que las livianas olas de agua clorada, con ligeros destellos de color malva. Nadar ya no suponía esfuerzo, nadar no era nada, ni siquiera un concepto.

Marta corrió a lo largo del lateral de la piscina y, de un salto, se zambulló. Con los ojos abiertos buceó hasta nosotros. Estaba muy alterada. Me separé de Juan muy lentamente, me acerqué a ella y la abracé. Cuando me disponía a besarla, se apartó de golpe y huyó despavorida hacia la superficie.



Accesit relato corto



Abandonado

Matías Luna Broggi



Encerrado en un mutismo riguroso, que estimaba acorde a su dignidad, el hombre oteaba la marca oscura de la orilla, su próximo hogar. En lo único que pensaba era en Jesucristo en camino hacia el Gólgota. Intentaba comportarse con su misma entereza, sin dar a sus esbirros la más mínima señal de flaqueza.

El esquife se balanceaba a intervalos irregulares, impulsado por los rudos empujones de los remos empuñados por los marineros portugueses que permanecieron fieles a Magallanes durante el motín. Ahora llevaban a su instigador y cabecilla al destierro en el puerto de San Julián. Juan de Cartagena, tal su nombre, se balanceaba violentamente, como la embarcación, pero, aunque se daba cuenta que los marinos remaban mal a propósito, se mantenía encerrado en su estoico y digno (así le parecía) silencio. A sus pies, envuelto en una vela, se hallaba el cuerpo despedazado de Gaspar de Quesada, condenado a muerte la pasada tarde. La sangre permeaba su envoltorio, y Cartagena debía ahuyentar a las gaviotas que, acostumbradas al dulce olor de la carroña, comenzaban a arremolinarse sobre el esquife.

El capellán rezaba el Avemaría, y los marinos respondían entre dientes, mezclando el latín con el portugués.



Hacía muchísimo frío y empezó a caer una garúa helada que impacientaba a los remeros. Anclaron a varios metros de la costa. Cuando bajaron, el agua aún les llegaba a la cintura. El eclesiástico se llevó la peor parte. Sus raídos ropajes franciscanos no eran lo más adecuados para las heladas aguas del Atlántico Sur.



En tierra, los marinos debieron emplearse a fondo para cavar una fosa de tamaño respetable en la dura grava de la orilla. La garúa se intensificaba y las pálidas briznas que caían al principio eran ahora gotas de tamaño respetable. Las ráfagas heladas azotaban sus espaldas y los marineros ya no se privaban de insultar en voz alta, sin cuidarse del franciscano, que estaba a su vez concentrado en incubar la pulmonía que cobraría su vida meses más tarde.

Luego de enterrar a Quesada, se apresuraron a rezar el responso y bajar las provisiones para Juan de Cartagena. Le dejaron un barril de galletas y uno de agua. En atención a su rango, Magallanes quiso darle una botella de oporto, pero Cartagena rechazó el obsequio con presunción. «Prefiero el vino castellano» le dijo, con tono burlón, cuando aún estaba encadenado en cubierta.

Se crio entre nobles y como noble. Era un grande de España y estaba acostumbrado por cuna y práctica a mandar y a ser obedecido. Aunque vivió entre los rigores de la guerra y el mar, su alcurnia le permitía esquivar los trabajos, dolores y privaciones que sus subordinados soportaban. Y cuando el mar se encrespaba, la sola mención de Su Majestad el rey de España y de su tío, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, le permitían siempre salirse con la suya. Acostumbrado a la inmunidad de la nobleza, su cerebro no terminaba de procesar cabalmente lo que sucedía. Esperaba que un suceso de último momento restablezca el orden en el universo, que Magallanes recobre el sentido y se dé cuenta que un simple escudeiro portugués no puede abandonar a un grande de España en esta tierra inhóspita; o que sus compañeros de motín, afrentados al ver a su líder mancillado de esa forma, vuelvan a rebelarse y lo liberen, aunque todos deban sacrificar sus vidas con tal de salvar la suya. Pero nada parecía interrumpir el orden natural de las cosas y Juan de Cartagena, acostumbrado a dar por descontada la protección de Dios y el Rey, comenzó a preguntarse si su jurisdicción llegaba hasta estas costas al borde del mundo.



Los marineros hicieron una tosca cruz en el lugar en el que enterraron a Quesada y luego se marcharon, sin mirar atrás, ansiosos de abandonar esas tierras de mala muerte. El franciscano apuró una bendición frente a Cartagena, pero también se marchó rápido, no sea cosa que lo dejaran atrás. Y entonces, aquel hombre acostumbrado a ver al resto desde las alturas intocables de su alcornia, tomó cabal dimensión de lo que sucedía, y corriendo hacia la costa, comenzó a gritar:



—¡Amigos, amigos, no me dejen, por favor! ¡Padre Alberto, esto es pecado! ¡Amigos! ¡Están dejando morir a un

hombre! ¡Vuelvan! ¡Los llenaré de oro al volver a España!
¡No me dejen aquí! ¡Regresen!

Su encendida súplica recibió como respuesta un pedrazo que, con bastante puntería, le arrojó un marinero. Juan de Cartagena no se desanimó y siguió a voz en cuello, diseminando su voz a lo largo de todo el puerto, hasta que el acompasado rumor de los remos fue solo un eco en los desfiladeros rocosos. Pudo ver, con las últimas horas del día, a las cinco naos zarpando lentamente, hasta que solo fueron una mancha en el horizonte. Cartagena no paró de gritar ni un solo momento, ora súplicas, ora amenazas, ora insultos a Magallanes, a los marineros y a todo Portugal. Luego, totalmente afónico, tuvo que parar. Rompió en llanto, mientras la llovizna se tornaba nevisca.

En los días subsiguientes, Juan de Cartagena se contentaba con mirar ansioso la entrada de la bahía, esperando ver regresar a las naos. En su mente no había dudas de que acababa de cometerse una flagrante injusticia, que sería reparada en cuanto la cordura retornase a la mente cerril de Magallanes. No se alejaba de los barriles, para ahuyentar a las gaviotas que se congregaban en derredor. Acucillado, temblaba y comía las galletas sin racionarlas, para matar el frío y el aburrimiento. Deseaba tener un poco de aguardiente, y no esa agua medio podrida, y se maldecía por no haber aceptado el oporto que Magallanes le intentó regalar. Durante todo el día, rezaba o hablaba consigo mismo, en largos soliloquios en los que destacaba su honor, valor



y prudencia. Ni una pizca de arrepentimiento se cruzaba por su mente. Al tercer o cuarto día su ración de galletas era tan escasa que hasta un hombre con su escaso sentido práctico se dio cuenta que solo lo sustentarían un par de jornadas más. Debía buscar la manera de sobrevivir, hacer algo para lo que sus años de formación al servicio del Rey, en el Ejército y la Armada, no lo prepararon. Su conocimiento de las estrategias de Julio César en Farsalia no le valían de nada en este oscuro y frío rincón del mundo. Cualquier otro hombre con más sentido común hubiera buscado la manera de hacer un fuego con el que calentarse. Hacer un refugio, pese a la casi inexistencia de madera en el lugar, también hubiera sido una buena idea. Pero Juan de Cartagena tenía otra idea. Había visto, desde las naos, a los pingüinos a lo largo de la costa. Advirtió que no volaban y se le antojaron una presa fácil. La zona de nidadas estaba a solo una hora de camino del lugar en el que fue abandonado. Se llevó un par de galletas y partió hacia donde recordaba haber visto a las aves. Sin embargo, se desorientó. Caminó más de seis horas, con ráfagas de viento polar cruzándole la cara, sin dar con sus presas.

Al final tomó la decisión más prudente y regresó. La sed ya lo acuciaba y el hambre comenzaba a molestarlo también. Hasta que, al fin, ¡alabado sea Dios! pudo advertir el cómico balanceo de los pingüinos recortándose contra las aguas. Eran solo seis. Cartagena intentó esconderse, pero los pingüinos lo vieron de inmediato, aunque no parecían temerle. Solo al ver al hombre correr hacia ellos, las aves tomaron conciencia del peligro y escaparon torpemente. Casi todas pudieron volver al mar, salvo una, que Cartagena

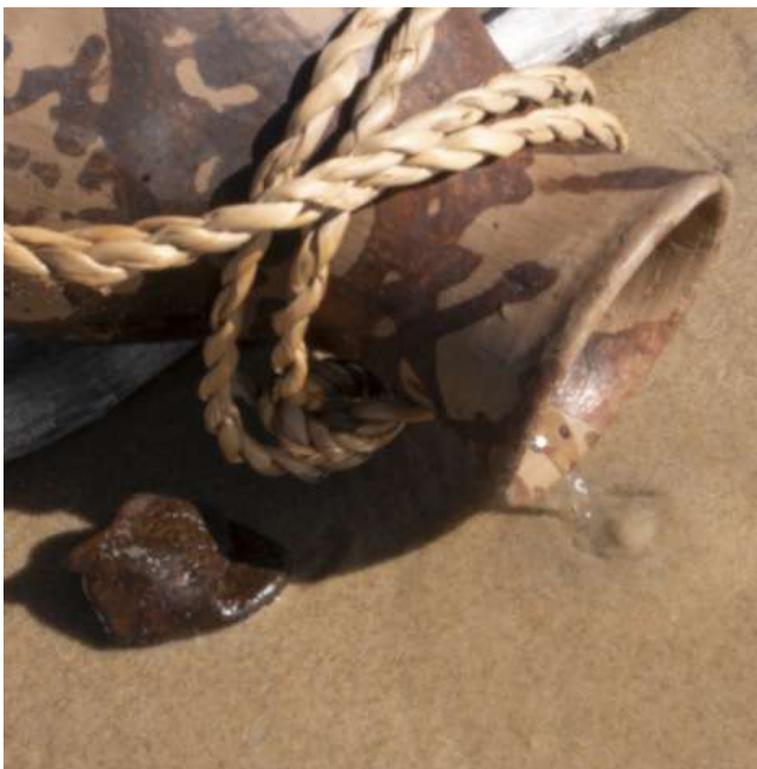
llegó a asir por la pata. La mató con una piedra, aunque se llevó una buena ración de picotazos. Ensoberbecido por su hazaña, decidió volver. Siguió la línea de la costa con su presa a sus espaldas, y llegó a la cruz que señalaba el punto en el que yacía Quesada cuando ya casi oscurecía. Allí pudo observar, con horror, que un animal desgarrado, parecido



a los dromedarios que él viera en Tánger, se estaba bebiendo el agua de su barril. Cartagena salió a perseguirlo, revoleando el pingüino a modo de honda. El animal, un guanaco, salió disparado y al hacerlo tumbó el barril, con lo último que quedaba de su contenido. Juan de Cartagena tuvo que contentarse con observar como las sedientas arenas se bebían su agua. Quiso llorar, pero no pudo. Estaba deshidratado. Acabó durmiéndose con el pingüino muerto a su lado. Despertó al otro día, bien entrada la mañana, con dolor de cabeza y gusto a sal en la boca. El pingüino ya no estaba. Los zorros se lo llevaron por la noche. Con hambre y sed, Juan de Cartagena pensó en buscar el curso de algún río. Hacía un día que no bebía nada.

Sin saber hacia dónde caminar, se encomendó al Espíritu Santo y empezó su derrotero hacia el sur. Seguía la línea de la costa, esperando encontrar algún río que desembocara en el Atlántico. Pero no veía nada. Nada más que el eterno litoral patagónico, los acantilados pardos, las aves marinas. El cansancio era cada vez más patente, pero lo que más lo agotaba era la sensación de estar caminando en el infinito, en una estepa sin límites, inabarcable, un desierto ocre pegado a un desierto azul. El olor a sal, que antes siempre lo animaba, ahora solo le daba más sed. Lo que Juan de Cartagena no sabía era que caminando en la dirección en la que lo hacía, se alejaba más y más de la fuente de agua más cercana, que estaba a solo medio día de camino hacia el norte del punto en que fue abandonado. Yendo en la dirección que tomó, el próximo curso de agua estaba a más de cuatro jornadas, caminando a buen ritmo. Pero Cartagena no lo sabía. Con la

última pizca de prepotencia que le quedaba, intentaba forzar al destino a darle lo que le convenía. «No puedo morir aquí», se repetía.



Intentó seguir caminando durante la noche, pero una racha de ráfagas heladas lo obligaron a buscar refugio donde pudo. Se durmió con la plena consciencia de que perdería horas vitales en su búsqueda de agua. Ya llevaba dos días sin beber.

Se despertó con dolor de cabeza, helado y con los labios cuarteados. Gimoteaba, pero no podía llorar. Sobre su cabeza veía revolotear aves oscuras que no conocía. Ellas



sabían, al igual que él, que esto no podía prolongarse mucho más.

Caminó medio día más, porfiadamente, llevado en andas únicamente por su fuerza de voluntad. Si moría, sería darle la razón a Magallanes. Intentaba rezar el rosario, pero ya no podía hablar. Su lengua, horriblemente hinchada, ya no le respondía. Más animales se sumaron a su cortejo fúnebre. Cuatro o cinco zorros lo seguían a corta distancia. Juan de Cartagena los intentaba espantar, gastando tiempo y energía. Más que a los zorros, quería ahuyentar la acechanza del destino, inevitable.

Atardecía, con un concierto de arreboles, configurando el paisaje más bello que sus ojos vieron nunca. Pero él ya no tenía sensibilidad para la belleza. Se moría. Contrariando todo lo que había aprendido en su vida marinera, comenzó a acercarse a la linde del mar. ¿Cómo no se le ocurrió antes? Toda esa agua y él buscando un río... ¡Qué insensato!

Ya no podía pensar con claridad. Envuelto en la niebla del aturdimiento, se aproximaba a paso firme a la gran masa del océano, pensaba que tal vez un trago, o dos... pero de pronto ¡qué era eso! ¡un río! ¡un río, desembocando en el mar, un río, con árboles decorando su curso, un río! Juan de Cartagena olvidó su estúpida idea de beber agua salada, y se precipitó hacia un tesoro más precioso que el oro o las especias. Pero a cada paso que daba el río se alejaba más y más. Cartagena no cejaba, y corría, se caía y se volvía a levantar, en un paroxismo de alegría. ¡Agua! ¡Viviría! Pero no había caso, no lograba alcanzar su objetivo. En una de sus caídas, Cartagena rodó unos metros

desde la cima de un breve promontorio. Medio maltrecho, levantó su mirada esperanzada, pero el río ya no estaba. Nada. El fastuoso curso de agua que vio no era más que una ilusión. Y entonces, Juan de Cartagena se rindió. Los zorros comenzaron a acercarse, paso a paso.



Ya casi no podía respirar. Tres días casi completos sin agua. Empezó a delirar. Por su mente pasaban las naves de Magallanes; su España natal; su tío, el obispo, con un barril lleno de agua y montado en un guanaco. Los zorros ya mordisqueaban sus dedos y sus botas. Las aves acampaban a corta distancia.



Anochece y la vida de Cartagena se apagaba, sin que nadie lo supiera, en el último rincón del mundo. Seguía soñando. Ahora se aproximaban unos gigantes, como los de las novelas de caballería, gigantes con piel de cabra y los pelos muy negros, con fuego en sus manos y la cara pintada. El fuego de los gigantes lo reconfortaba, y luego los gigantes le daban de beber, beber, el milagro que se le había negado en este desértico Gólgota al que lo condenó Poncio Magallanes, ese perro portugués. Luego lo desnudaban y dejaban sus ropas tiradas en el desierto, un premio de consuelo para los zorros.

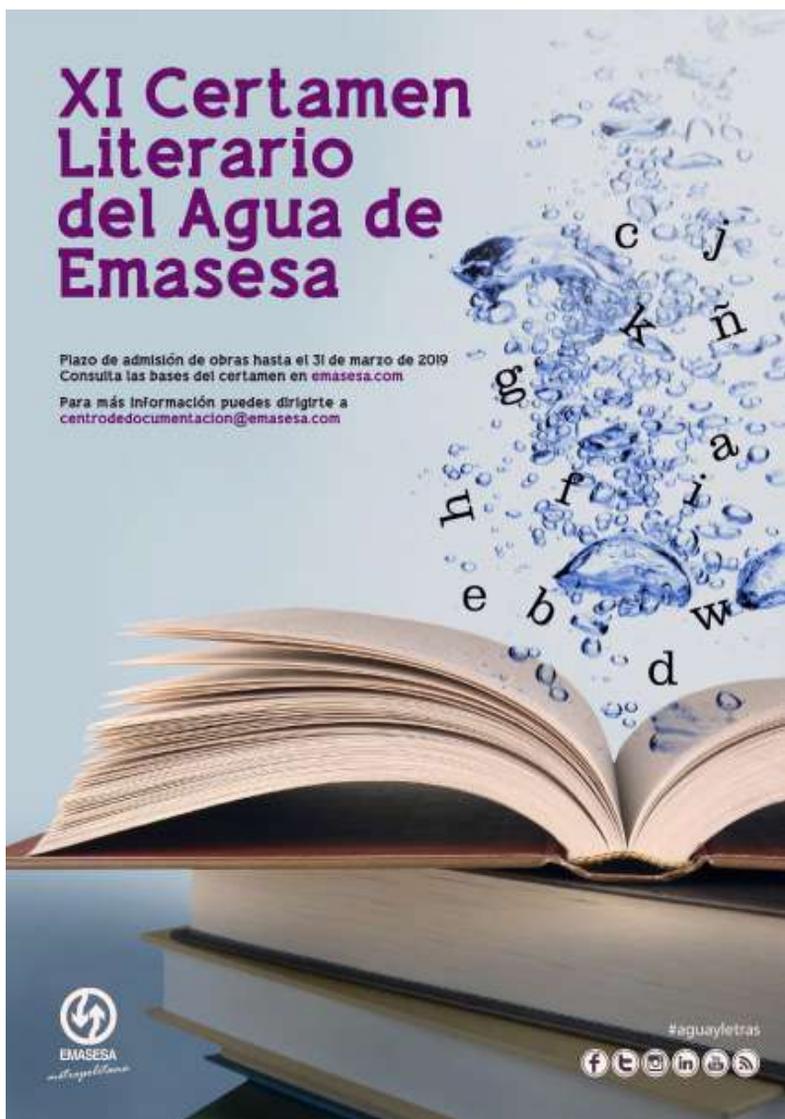
Años después, Francis Drake y su tripulación, sabedores de toda la historia gracias a Pigafetta, encontraron las hebillas de las botas de Juan de Cartagena, su reloj, un rosario de plata, los barriles, vacíos y semienterrados, y algunas otras evidencias diseminadas a lo largo de la costa. Dieron por sentado que las inclemencias de ese desierto eterno terminaron con la vida del orgulloso noble español. Reza-ron brevemente por su alma.

Darwin y Fitz Roy, a bordo del Beagle, se sorprendieron mucho al encontrar, entre la homogénea población aónikenk, algunos de ellos con los cabellos más claros y los ojos extrañamente azules.

XI Certamen Literario del Agua de Emasesa

Plazo de admisión de obras hasta el 31 de marzo de 2019
Consulta las bases del certamen en emasesa.com

Para más información puedes dirigirte a
centrodedocumentacion@emasesa.com



Desarrollo del XI Certamen Literario del Agua

Convocado en enero de 2019, el XI Certamen Literario del Agua tiene como objetivo concienciar sobre la importancia y el derecho al agua de todos los pueblos, así como promover la creación literaria.

Esta edición está dedicada al aniversario de los 500 años de la primera vuelta al mundo que realizó Magallanes y que partió del puerto de Sevilla, siendo el agua protagonista de esta gesta, vía de comunicación y canal de unión entre los pueblos. Proponemos que este hecho histórico inspire los relatos y cuentos participantes.

Datos de participación

Se presentaron un total de 268 obras (191 en la modalidad de relato corto y 77 en la modalidad de cuento infantil) procedentes de 22 países. Un 19 % de los textos procedían de fuera de España, siendo Argentina, Colombia, Cuba y México, los que más textos han enviado.

El jurado está compuesto por cinco destacados escritores y personalidades del mundo de la literatura y la cultura como son el escritor, poeta y articulista Eduardo Jordá, la escritora y poeta, Rosa Díaz, el escritor, traductor, ensayista y poeta, Antonio Rivero Taravillo, la escritora, filóloga y correctora de textos del Parlamento de Andalucía Elena Marqués y el escritor, librero y filólogo, José Luis Rodríguez del Corral.



El jurado



Antonio Rivero Taravillo (Nacido en Melilla en 1963, pero residente en Sevilla desde niño). Escritor, traductor, ensayista y poeta. Autor de novelas, libros de viajes, ensayos y numerosas traducciones literarias que van de

Margaret Drabble a Harold Bloom, en el terreno de la poesía ha publicado versiones de algunas de las más grandes voces de la literatura en lengua inglesa: William Shakespeare, Christopher Marlowe, John Donne, John Milton, Edgar Allan Poe, W. B. Yeats, Ezra Pound. Con *Poemas de John Keats* ganó el I Premio Andaluz de Traducción Literaria Rafael Cansinos Assens. Y con sus biografías de Luis Cernuda y Juan Eduardo Cirlot, los premios Comillas y Antonio Domínguez Ortiz, respectivamente. Fundó en 2014, y dirige desde entonces, la revista Estación Poesía del CICUS (Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla). Su última publicación es *Svarabhakti* en marzo de 2019.



José Luis Rodríguez del Corral (Morón de la Frontera, Sevilla, 1959). Escritor, librero y filólogo. Cursó estudios de Filología en Sevilla que abandonó para fundar en 1982 la librería universitaria La Roldana. Per-

severó durante veintiún años en el oficio de librero, hasta

que en 2003 cerró la librería al tiempo que publicaba su primera novela *Llámallo deseo*, ganadora del XXV premio de la Sonrisa Vertical. Tras publicar una novela histórica *La cólera de Atila*, una biografía *Memoria y fábula de Manuel Ferrand*, una continuación del *Coloquio de los perros* titulada *La noche de Cipión*, y trabajar algo en televisión y publicidad, ganó en 2011 el Premio de novela Café de Gijón con *Blues de Trafalgar*, obra con la que obtuvo una notable aceptación de crítica y público. Éxito que volvió a repetirse en 2015 con la publicación de *Sólo amanece si estás despierto*. Ha estrenado una obra teatral, Ha estrenado una obra teatral, la tragedia *Helena y las Furias*. Reside en Sevilla dedicado a la literatura y a otras actividades relacionadas con las Letras.



Rosa Díaz (Sevilla, 1946). Poeta y escritora sevillana. Vocal por Sevilla de la Asociación Colegial de Escritores de España, miembro de la Asociación de Críticos Andaluces. Entre otros ha obtenido los siguientes premios: José M^a Morón 1983, Barro 1984, Ciudad de Alcalá de Guadaíra 1986, Ruta de la Plata 1986, Ciudad de Alcalá de Henares 1987, Miguel Hernández 1992, Aljabibe 2000, Ciudad de Jaén 2003. La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba le ha concedido la Medalla de Oro de don Luis de Góngora y Argote. Su poesía está traducida a varios idiomas y publicada en revistas especializadas.





Eduardo Jordá (Palma de Mallorca, 1956). Escritor, traductor, filólogo, poeta y articulista. Tras viajar por diversos países del mundo se afincó en Sevilla en 1989. Es autor de poemas, novelas, traducciones y libros de viajes. Profesor de escritura en la Univer-

sidad Internacional de Valencia, se ha construido una sólida trayectoria literaria con la novela *Pregúntale a la noche* (2007) y los libros de relatos *Playa de los Alemanes* (2006) y *Yo vi a Nick Drake* (2014), además de su producción poética, de la cual el volumen, *Pero sucede* (2010) reúne una selección. También es autor del libro de ensayos *Lo que tiene alas, de Gógol a Raymond Carver* (2014) y de los libros de viajes *Tánger* (1993), *Norte Grande* (2002), *Lugares que no cambian* (2004), *Pájaros que se quedan* (2019) y *Otoño en Pensilvania*, galardonado con el XV Premio Eurostars Hotels de Narrativa de Viajes.

Elena Marqués (Sevilla, 1968). Filóloga, escritora y correc-



tora de textos en el Parlamento de Andalucía. Ganadora de diversos certámenes literarios y finalista en otros tantos (XXI Premio Fernando Lara de Novela), es autora de las obras *El último discurso del General Santibáñez*, *Versos perversos en la cubierta azul del*

Mato Grosso, *La nave de los locos* (VIII Premio Internacional Vivendia-Villiers de Relato Corto), *El largo camino de tus piernas* y *Lo sublime y el frío* (I Premio Álvaro de Tarfe de Poesía), su última novela es *El juego de la invención*.

El fallo del jurado

El jurado del certamen se reunió el 14 de mayo de 2019. Ejerció como presidente Lucas Perea, Jefe del departamento de RSC de EMASESA y como secretaria Ana Patricia García, técnica del Centro de Documentación del Agua de EMASESA. El fallo del jurado fue el siguiente:

Modalidad relato corto:

Primer premio al relato titulado *Pedreño*.

Autor: **Antonio Díaz González** (*San Fernando, Cádiz, 1958*)

Segundo premio al relato titulado *La calle dos*.

Autor: **Luis Miguel Rufino** (*Sevilla, 1956*).

El Jurado concedió un accésit al relato *Abandonado*

Autor: **Matías Luna Broggi** (*Córdoba, Argentina, 1987*)

Modalidad cuento infantil:

Esta modalidad fue declarada desierta por el Jurado.



Acto de entrega de premios

El Acto de entrega de premios del XI Certamen Literario del Agua se celebró el viernes 31 de mayo de 2019 a las 19:00 en la pérgola central de la Feria del Libro de Sevilla, en el mismo acto se presentó el volumen X de la Colección de Relatos del agua que reúne las obras premiados en la X edición del Certamen Literario del Agua.

Presentó y condujo el acto, Ana Patricia García, técnica del Centro de Documentación del Agua de EMASESA. Entregaron los premios Carmen Castreño, teniente alcalde del Ayuntamiento de Sevilla, Lucas Perea, jefe del departamento de RSC de EMASESA y Antonio Rivero Taravillo poeta, escritor y miembro del Jurado que falló los premios.



Clausuró el acto Carmen Castreño, y finalizó con la actuación del cuentacuentos Diego Magdaleno que, acompañado por la instrumentista Elena Jiménez, narró el cuento ganador de la pasada edición titulado *La Ahorradora del Agua*, del autor Miguel Angel Carcelén García.



La edición de este libro se concluyó el
28 de abril de 2020,
festividad de san Caralipo, san Polión y san Luquesio,
así como
cuadringentésimo noveno aniversario de que
los dominicos fundaran la
Pontificia y Real Universidad de Santo Tomás
en Manila, Filipinas, Corona de España.





El viejo estanque. Parque de María Luisa, Sevilla. Autor: Cristóbal Llopis Sánchez.

La publicación que tiene en sus manos reúne las obras ganadoras del XI Certamen Literario del Agua que anualmente organiza EMASESA, la empresa metropolitana de aguas de Sevilla, en el marco de la responsabilidad social corporativa.

El certamen, de ámbito internacional, tiene como objetivo la concienciación social sobre la importancia de realizar un uso sostenible del agua, promover la reflexión en torno a la idea del agua como Derecho Humano e incentivar la creación literaria.

Dedicamos esta edición al aniversario de los 500 años de la primera vuelta al mundo de Magallanes, que partió del puerto de Sevilla siendo el agua protagonista de esta gesta, vía de comunicación y canal de unión entre los pueblos, por lo que propusimos que este hecho histórico inspirase los cuentos y relatos participantes.

EMASESA, tu empresa pública del agua, se encarga de la gestión del Ciclo Integral del Agua en Sevilla y en once municipios del área metropolitana: Alcalá de Guadaíra, Alcalá del Río, Camas, Coria del Río, Dos Hermanas, El Garrobo, El Ronquillo, La Puebla del Río, La Rinconada, Mairena de Alcor y San Juan de Aznalfarache, y lo hace bajo criterios de sostenibilidad. La vocación de servicio público es el armazón de su estrategia empresarial que, además, se asienta sobre la calidad, la innovación y la participación.